

filosofía Moral, manifestando el origen de los vicios, las astucias de las pasiones, y apetitos, y descubriendo otras causas de nuestros engaños, y locuras. Asimismo luego que el hombre junta con los documentos del santo Evangelio las luces de esta Filosofía, sabe conocer, y discernir mejor aquellos enemigos, que sin haber venido del infierno nacieron con él. Sabe que cosa es aquella concupiscencia de que habla el Apóstol Santiago, y por la que somos incitados, y movidos para obrar lo malo, sirviendo este conocimiento para cautelarnos, y fortificarnos contra sus quotidianos asaltos. Ya que otra cosa no sea, por lo ménos, despues que un jóven ha mamado la leche de la Religión, y tomado buenas lecciones de la Filosofía Moral para saberse gobernar con juicio, y prudencia en la carrera que va á entrar, y será mas inexcusable si no lo hace, y justamente merecerá el título de insensato, y loco; pues así debe llamarse todo aquel que entregándose á los vicios, y despreciando el camino de las virtudes, manifiesta claramente que ni teme á Dios, ni estima á su honor propio, ni se ama, ni estima como debe á sí mismo; y quando juzga que ha descubier- to la senda de la felicidad, no repara que ha tomado el camino que tarde, ó temprano lo lleva al precipicio, y al pais de los vanos, é infructuosos arrepentimientos.

§. IV.

Quando yo escribo esto no es por tener á la vista la fea escena que siempre ha hecho, y al presente hace el mundo en vivir á su modo, y con burlarse de quien ha pensado remediarlo en algo, y ponerlo en buen camino. Platon intentó reformar á este bestion inquieto, injusto, rebelde, y obstinado; pero apenas lo intentó, quando conoció que seria mas fácil hacer blanca la piel de un negro, que el reformar el mundo. Mas diré sobre esto: el mismo mundo alguna vez se ha puesto á tiro, y en disposicion de procurar remedio á sus males, y desórdenes; pero la grave, y pestífera enferme-

medad que padece inutiliza, y se burla de qualquiera medicina que se le aplique. Dése una breve ojeada á la diversidad de gobiernos establecidos en los pueblos, que son el remedio que han inventado los sabios políticos, y con que creyeron haber hallado el antídoto, y medicina preservativa para las enfermedades que los grandes estados padecen, y al fin se hallará que el mundo es un enfermo, que aunque mude de postura, volviéndose de un lado al otro, siempre se encuentra en tan mala disposicion como al principio. Todo esto lo veo yo, y veo tambien que no por esto deben despreciarse los Médicos, que por su parte hacen quanto pueden para restituir la salud á los enfermos, y precaver á los sanos, aun quando á su buena intencion no correspondan los efectos, ántes bien debe el público apreciar, y alabar su trabajo, y cuidado.

¡O y quanto mas importa la salud espiritual del ánimo que la del cuerpo! y por tanto interesa mucho el público en que estas las apliquen muchos, y de diversos modos, y con distintos métodos, y que continuamente se predique sobre este asunto, como se suele hacer en las Ciudades christianas por los Oradores Sagrados. Algun fruto se coge por lo comun; y si muchas veces no se logra la conversion de los malos, se consigue á lo menos que los buenos no degeneren, y sean malos. Fuera de que no debemos desesperar de la enmienda de estos, ni juzgar que siempre, y por siempre permanezcan en sus malas inclinaciones; ántes bien los exemplos de tantos, que desde el batallon de los vicios pasaron á las banderas de las virtudes, nos hacen ver claramente quan útiles, y necesarios son estos Médicos de las almas, esto es, los Zeladores, y sabios Ministros de la Santa Religión, y los doctos Maestros de la Filosofía Moral.

Mas habiendo hablado ya un poco contra el mundo, y habiendo de hablar acaso en adelante mas por extenso, deseo por lo mismo manifestar desde ahora mi sentimien-

to en orden á su mérito, y demérito. Digo, pues, que qualquiera que reflexione sobre este gran teatro de las cosas humanas, encontrará fácilmente en él dos aspectos, ó fachadas. Mirándolo por un lado, enamoran sus cosas, causando placer, y maravilla, y comparecen únicamente dignas de alabanza. Mirándolo por otro lado, no se ve otra cosa que vanidad, defectos, deformidad, y tal vez solamente materia de horror, y desprecio. Estas dos fachadas tiene el mundo, y otras tantas tiene el hombre considerado en general, y aun muchas veces en particular. Cierto es que qualquiera que se deleyta en el estudio de la Física, y se pone á contemplar las obras que con tan gran variedad, y abundancia crió y mantiene sobre la tierra el imperio eficaz de Dios, no sabe admirar bastantemente el artificio, y orden de tan gran variedad de criaturas, especialmente de las vegetables, y de las que se mueven por sí, dispuestas todas con inexplicable delicadeza, así en su todo, como en qualquiera de sus partes, para hacer aquella figura, y conseguir aquel fin, que se propuso Dios en su creacion.

En un solo insecto, en una sola hormiga, y en una mariposa, se contiene hermosura tan superior, que basta para conocer con evidencia la mano maestra de Dios, y para excitar nuestro corazon á cantar himnos de alabanza al Criador, tan sabio como poderoso, siendo este conjunto de tan diversos, é innumerables cuerpos, dispuesto todo (como lo vemos) para utilidad, servicio, y delicia de los hombres. Júntese á esto otro inmenso número de obras, que produce el arte humano; esto es, de aquel ingenio inventor, que el mismo Dios ha dado al hombre, que aunque son inferiores á las del Criador, con todo son admirables, útiles, y deleytables, y muy á propósito para aumentar los bienes, las comodidades, y felicidades del hombre mismo. Y ved aquí una fachada del mundo agradable, y admirable en todo. Volvamos ahora los ojos á la otra

fa-

fachada, y hallaremos en este mismo mundo una masa interminable de males, cuyo catálogo podia llenar muchos folios; pero yo los insinuaré con un solo rasgo, trayendo á la memoria las guerras de unas criaturas con otras, y principalmente las de los hombres: las tempestades de rayos, granizo, y relámpagos: la rabiosa ferocidad de los vientos, así en la tierra, como en la mar: la esterilidad, y la inundacion de las campañas, presagios de la carestía y terremotos.

No paso adelante por decir mas presto, que esta gran tropa de males acaso es pequeña, respecto á la otra, que el hombre ocasiona á sí propio, y á los demas hombres; porque tambien el hombre tiene dos fachadas muy diversas: por la una se dexa admirar una bellísima, y estupenda obra del Divino, y Omnipotente Arquitecto, no ya por lo que solamente mira al cuerpo, por ser esta la parte menos principal de esta hermosa fábrica, y por ella se distingue poco de los demas animales; pero lo que le eleva sobre todos es su entendimiento, su voluntad, y su memoria, su ingenio, y su juicio; cuyas prerogativas le hacen penetrar, racionando hasta el interminable pais de lo eterno, é infinito, y con ellas ha sabido inventar tantas Artes, tantas Ciencias, y Leyes, que aun puede poseer, y perfeccionar, y es capaz de ilustrarse con acciones gloriosas, y nobles, y aun mucho mas por el exercicio de muchas virtudes: en una palabra, él puede, si quiere, acercarse al trono mismo de la Deidad, á cuya semejanza fué formado, mediante la meditacion, y puntual observancia de las Leyes divinas, y humanas. El que mirase al hombre por esta parte, hallará en él admirables preciosidades, y por este medio vendrá mas fácilmente que por otros en conocimiento de aquella maravillosa mano que lo crió. Pero si miramos al hombre por la parte opuesta, lo hallaremos con un tren copiosísimo de defectos, y muy sujeto al error, y al pecado; y por último señoreado tiranamente de sus pasiones, que

Tom. I.

B

lo

lo extravían del camino recto, y agitado fieramente de los torbellinos de los vicios. Y ved aquí los muchos males, y miserias de cuerpo, y espíritu de que abunda el mundo, y muchas veces por culpa del hombre mismo: de modo que la misma admiración se pasma al considerar la grandeza que ha observado en él; y solo le resta el admirarse de la multitud increíble de sus desdichas, y flaquezas. Por tanto la Sagrada Escritura, aludiendo á estas dos diversas fachadas del hombre, dice á Dios (Psalm. 8. v. 7.): *Vos, Señor, habeis criado al hombre poco diferente de los Angeles, le habeis coronado de honor, y gloria, y dado el señorío sobre todas las obras de vuestras manos.* Y en otra parte dice (Psalm. 143. v. 4.) *¡O Señor! ¿Que cosa es el hombre, que merezca el que os deis á conocer á esa criatura? ¿Que cosa se halla en él que merezca vuestra atención? ¿Por ventura es otra cosa mas que un poco de vanidad, ó por mejor decir la misma nada?*

§. V.

Ordinariamente el juicio que hacemos los hombres de la hermosura, ó fealdad del mundo, no nace de una idea clara, ni de un exácto conocimiento, ó meditación profunda de los bienes, y males que con *discordia* moran sobre la tierra. Nace sí, por lo comun, de la situación, y estado en que nos hallamos en este mundo, esto es, de lo que sentimos, y experimentamos en nosotros. Quando uno se siente robusto, y sano en su persona, bien provisto de comodidades para pasar la vida, libre de fatigas, y afanes, rodeado de gustos, y placeres; para este tal es el mundo un país felicísimo, una deliciosa morada, que no la cambiaria acaso con la del Paraiso. Esta es comunmente la idea que del mundo tienen los jóvenes. Al contrario, para aquel que combatido, y abatido por las continuas enfermedades, y dolores del cuerpo, castigado con el azote de la guerra, angustiado con la infelicidad, y pobreza, oprimido con la molesta pesadumbre de la calumnia, afligido por el

desamparo de una cárcel obscura, y hedionda, agoviado con el peso de persecuciones continuas, y tiranas, poseido insensiblemente de una fiera melancolía, ó de otros accidentes tristes, que insultan continuamente á los hombres: para este digo ¡ó, y como el mundo viene á ser un Reyno de infelicidad, patria de las miserias, y habitacion de los trabajos, y desdichas! Pero el hombre sabio, estudiando en este gran libro del mundo con atención, y cuidado, no regulándose por lo que le pasa en el mundo, sino por lo que son en sí mismas las cosas, juzga con rectitud no solamente de lo bueno, y malo que el mundo encubre, y descubre, mas tambien de quanto se halla en el hombre; y en uno, y otro encuentra muchas cosas buenas, mezcladas con otras tantas malas. Así lo ha querido, ó permitido el Criador.

La causa de que esta gran máquina, esta república tan poblada de criaturas vivientes se halle tan adornada, y rica de tantos bienes, y al mismo tiempo con tanta abundancia de males: el por que habiendo salido de las manos de Dios (que no sabe hacer sino cosas perfectas), se hallan en ella tantas imperfecciones, tantas guerras, vicios, y defectos innumerables, nos lo enseña la revelación, refundiendo la causa de tantos males en el pecado del primer hombre; y aunque esto no nos fuera revelado, la Teología natural nos enseña, que deberíamos alabar, y venerar el alto consejo de Dios, que ha criado en este mundo tantos bienes, y permitido tantos males, para que seamos humildes, no nos dexemos llevar de la soberbia, y velemos siempre sobre la eterna felicidad, considerándola tan fugaz, é inconstante, como lo es verdaderamente. Fuera de que el estímulo de los males que nos rodean, debe traernos á la memoria, que la posesion de los bienes presentes no debe ser nuestro último fin; y que debemos buscar un país mejor que este que habitamos, y que no hemos de hacer capital de estos bienes terrenos, porque son amargos, ó están

cerca de acivarse con los males que nos rodean, y tambien porque los bienes dichos durarán poco tiempo.

Mas si el atrevimiento de algunos pasa á mover quëstiones, y dudas sobre el por que Dios ha fabricado este mundo como es, y lo ha dexado caer á tan baxo estado; ó por que ha permitido que lo mas precioso de este nuestro mundo, qual es el hombre, esté sujeto, y tan inclinado, y propenso á engañarse, y pecar, y que reynen en el mundo tantos desórdenes, engaños, é iniquidades; y por que ha querido castigar en sus descendientes el pecado del primer Padre, con otras muchas quëstiones excitadas, y agitadas, no ya con humildad, docilidad, y sumision, sino con una refinada malicia de los incrédulos de que abunda nuestro siglo: el hombre sabio se atrinchera, y fortifica con las razones que sobre estos puntos han dado los mejores Filósofos, y Teólogos. Y si tal vez no llega á disipar todas estas dificultades aparentes, se aquieta al fin, adorando los altos juicios de Dios, siendo evidente, que este beatísimo, y perfectísimo Señor nada puede haber hecho, nada permitido sin que se sirva de la justicia, y bondad, que en él son infinitas, pudiendo él poner á sus criaturas aquellas condiciones que juzga ser convenientes al dictámen de su altísima incomprehensible sabiduría, inseparable de la justicia, de la caridad, y misericordia.

Ciertamente que debe mirarse como una insufrible temeridad el querer nosotros gusanillos de la tierra dar la ley á un Criador, que por sus esenciales atributos tiene el no poderse engañar, ni producir fuera de sí cosa que falte al buen orden, y á la rectitud. Seria en verdad muy debido, y mucha razon, que agitándose aun entre nosotros los Católicos varias quëstiones en orden á los decretos, y voluntad de Dios, en vez de sutilizar tanto ya por deseo, ya por presuncion de entender lo que es muy difícil (ó por mejor decir imposible

ble al entendimiento humano), nos aquietásemos con aquellas santas palabras del Apóstol, que sabía mas que nosotros, y exclamásemos humildemente con él (Rom. 2. v. 13.): ¡O altitud, y profundidad, ó abismo de las riquezas de la sabiduría, y ciencia de Dios! ¡quan incomprehensibles son sus juicios, y decretos, y quan secretos sus caminos!

En estas materias saben mas los humildes, que todos los Filósofos, y sabios del mundo. A la verdad (oxalá no fuese así), quanto con mayor cuidado, é intensa aplicacion se estudia el mundo, tanto mas se descubren en él vanidades ridículas, errores, despropósitos, vicios, y fábulas, ocasionado todo esto unas veces de la ignorancia, y otras de lo limitado de nuestra capacidad, y entendimiento; si ya no se consideran estos males como efectos de la ambicion, del interes, de la luxuria, y de otros innumerables defectos, y pasiones arraigadas en el hombre, de manera, que alguna vez aun los hombres sabios exclamen diciendo, que es muy feo, y perverso el mundo. Así lo publicó uno de los mas sabios Monarcas que han gobernado la tierra, en aquella sentencia famosa: *Vanitas vanitatum, & omnia vanitas*. Pero debemos observar al mismo tiempo, que estos desórdenes morales que hay en el mundo de ninguna manera provienen de Dios: provienen sí del hombre mismo, á quien el mismo Dios ha querido darle el libre albedrío, y con él la potestad de obrar el bien, y el mal, para que huyendo de este, y abrazando aquel, se abriese el camino para conseguir el inexplicable premio que le está preparado en el cielo. Quiso tambien el Señor enriquecerlo con la luz de la razon, y preciosa joya de la conciencia, dándole aquel conocimiento, ó sea dictámen, que le inclina á practicar el bien, y apartarse del mal, sin hablar ahora de otros auxilios sobrenaturales, que su benéfica liberalidad reparte á todos los mortales, y mas principalmente á los que adoran, y siguen sus santas leyes.

Culpa es del hombre el no querer usar bien de su razón, y el querer gobernarse solamente por sus extravagantes apetitos; y en vez de aplicarse á la práctica de los documentos que lo dirigen, y enseñan el camino del bien vivir, se abandona á seguir el de sus pasiones, y en lugar de la razón, toma por consejeros á sus propios sentidos. Además de esto, aunque sea cierto que en qualquier país, entrando también aquellos que abundan de Predicadores Evangélicos, hay una gran cosecha de hombres malos, y viciosos; con todo el que lo reflexionase, hallará que no es tan excesivo el número de los malos, que no se le pueda contraponer otro quasi igual de buenos.

Así como Dios por una de las invariables leyes de su providencia ha hecho, y hace que en todos los países nazca un número casi igual de varones, y hembras, observándose lo mismo en las otras especies de animales, secreto que á la verdad nos puede parecer milagroso, pues en un año podrian nacer ó todos varones, ó todas hembras, y con todo el Sapientísimo Autor de la naturaleza ha dispuesto de tal modo los cuerpos que nazcan de uno, y otro sexó tantos individuos quanto son necesarios para conservar la especie: del mismo modo ha querido, y quiere que la raza de los buenos se conserve de manera que pueda igualar á la de los malos. Por buenos entiendo yo aquí aquellos hombres, que teniendo una recta voluntad, y buena inclinacion, se dedican mas presto á huir del mal, y á obrar el bien, y no dexan de ser tales aun quando tengan algun defectillo, y flaqueza condonable á la miseria de la naturaleza humana.

Ni se crea que yo intento aquí establecer entre el número de buenos, y malos una igualdad geométrica, pudiendo algunas veces ser mayor el número de los unos que de los otros, segun la concurrencia de varias circunstancias, que omito por ahora. Lo cierto es que está en nuestra mano el alistarnos en la compañía de los

bue-

buenos, si ya no lo estamos: esto es lo que Dios desea, esto manda, y esto pide nuestra propia utilidad. Ahora pues, ¿donde está nuestro juicio, quando estimamos mas nuestro propio mal, y queremos mas la indigna compañía de los malignos, y perversos enemigos de Dios, y de sí mismos, que la sociedad apacible de los buenos, y el recto camino de los justos?

Pero sobre todo debemos aquí considerar, que por mas que las presuntuosas cavilaciones del hombre sepan levantar nubes, y suscitar dudosas quèstiones sobre la economía con que ha fabricado, y gobierna este mundo, el que sabe mas que nosotros, sobre la Religión, ó en orden á los principios de las virtudes, por mas que no convengan en otros puntos, y materias las opiniones de los Filósofos, y otros Escritores al parecer juiciosos, por lo ménos todos ellos convienen concordemente en este principio, á saber: *que todo el camino de la virtud debe elegirse, y que sola ella es laudable*: ni hay otro modo, ni medio, que por lo regular pueda hacer que gocemos de la paz, y tranquilidad, ó de los bienes de alma, y cuerpo, de que somos capaces en este mundo, y que en él apetecen, y desean hasta los mismos viciosos, sino el amor práctico de las virtudes, y el apartarse de los vicios, é iniquidades. Esto no admite disputa; y por tanto es inexcusable el que abandonando el recto camino de los sabios, que es el de la virtud, toma el de los ignorantes viciosos, viviendo sin ley, ni freno que le contenga, y acaso afeando, y reprobando en los otros aquello mismo que él está practicando.

Diré mas, y lo diré suspirando; esto es, que en el estudio que hace el hombre del hombre mismo, pueden encontrarse dificultades tan obscuras, que aun el ingenio mas perspicaz no pueda desatarlas; pero lo que no tiene duda es, que ninguno se engañará siguiendo el camino de la virtud, y huyendo el del vicio; porque aquella, y no este es conforme á la razón, y digna de

B4

la

la criatura racional, hecha á imagen, y semejanza del mismo Dios; y á la virtud está vinculado ciertamente no solo el amor que conserva la sociedad humana en comun, sino tambien la felicidad de cada uno en particular. Todo lo contrario debe decirse del vicio; pues ademas de transformar en bestias á los hombres, y privarlos de los mayores bienes, es el instrumento, y medio mas eficaz para hacerlos infelices.

§. VI.

Aquí es menester que nos acordemos, que las enfermedades del alma no son ménos en número que las del cuerpo. ¿Que otra cosa es qualquier enfermedad de nuestro cuerpo, que una alteracion, un desconcierto de alguna parte líquida, ó sólida del cuerpo mismo, por el que se pierde la bella composicion, y armonía entre las partes de esta hermosa máquina, en que consiste lo que nosotros llamamos salud, ó sanidad perfecta? Tambien hay salud, ó sanidad en el alma, y esta consiste en aquel concierto, y armonía que tienen todas sus operaciones con la rectitud de la razon; y quando se pierde esta armonía, y buen concierto, ya el ánimo está enfermo, y achacoso por algun defecto, ó vicio. Es cierto que á un jóven no se le podrá persuadir tan fácilmente que las enfermedades del ánimo son mas perniciosas que las del cuerpo, siendo esto ciertísimo; porque aquellas se conocen presto, por el dolor que causan, ó indisposiciones que desazonan, y por tanto se buscan prontamente los remedios; pero las enfermedades del alma no siempre causan dolor, no se sienten, ni muchas veces se conoce su gravedad; porque el que debe juzgar de estos males es el ánimo mismo, y este es el que se halla enfermo.

Ahora, pues, *la Filosofía Moral es la Medicina de nuestros ánimos.* Como el cuerpo para recuperar la salud perdida, ó conservar la que goza, necesita de antidotos, y medicamentos, de dietas, é incisiones, y otros

mu-

muchos auxilios; así el ánimo necesita de los documentos de la Filosofía Moral para mantener la armonía, y buen temperamento de la virtud de los apetitos, y deseos, la moderacion de las pasiones, y una tranquilidad constante, y continuo amor á lo bueno, y verdadero, pues en todo esto consiste la perfecta, y deseada salud del ánimo. Mas nosotros, miserables, y sin consejo, siendo tan diligentes, y cuidadosos para buscar quanto creemos ser á propósito para curar las mas leves enfermedades de nuestro cuerpo, no hacemos la menor diligencia para curar las del ánimo, que sin duda son mas peligrosas, y dañosas que las primeras.

Los vicios, que por lo comun son la causa de nuestras miserias, nacen en nosotros, y crecen como la mala yerba, sin cultivo, ni cuidado: basta el no arrancarlos de raiz para que en poco tiempo cubran, y se dilaten por todo el terreno. Al contrario las virtudes son como la yerba provechosa, y saludable que se halla en las huertas, y jardines, que es necesario plantarla, cultivarla, escardarla, y limpiarla de quando en quando de las malas yerbas que la rodean, y sofocan. Este oficio de buen jardinero, y hortelano pertenece, como ya hemos insinuado, á la Religion, y á la Filosofía Moral. Por tanto, así jóvenes, como ancianos, deberian poner en esto un gran cuidado; pues importa mucho á todos el tener el ánimo sano, como el no dilatar el ejercitarse en este estudio, sino comenzar desde luego: á toda clase de gentes es provechoso, como lo advierte Horacio, á ricos, á pobres, á jóvenes, y ancianos;

*Aeque pauperibus prodest, locupletibus aeque;
Aeque neglectum pueris, senibusque nocebit.*

Especialmente deben aplicarse á este estudio los jóvenes ántes de entrar en la peligrosa carrera del gran mundo, y ántes de hacer uso de la libertad que tanto desean, Libres ya de aquellos Directores, y Maestros, que contienen los ímpetus de aquella edad viva, y fogosa, caerán

en

en vergonzosos errores, en precipicios desgraciados, y lamentables, quando no vayan escoltados de las luces de la verdad, de principios, y fundamentales máximas de la Religión verdadera, y de los documentos de la Filosofía Moral. Siendo, pues, la sabiduría no solo el mas propio, y precioso adorno de la vejez, sino tambien la muralla mas fuerte para contener, y sostener el impetuoso torrente de la fogosa juventud: ¿ como podrá ser sabio un viejo, que no hizo provision de esta Filosofía quando mozo? Por tanto conviene aplicarse á ella con teson en la edad juvenil, si quiere que le sea fiel compañera, y auxiliadora hasta el último momento de su vida. Finalmente si es vergonzoso el no haberse aplicado hasta ahora á este estudio, no lo es ciertamente el aplicarse de aquí adelante á una cosa de tanta importancia.

Sabios, pues, y dichosos aquellos mancebos que con gusto se dedican á aquellas lecciones que pueden serles tan provechosas, no solo para adquirir buena fama, y ser hombres de mérito en esta vida, sino tambien, y mas principalmente para lograr la eterna Bienaventuranza, que es, y debe ser el fin de nuestra carrera. Si con tiempo tomasen por Maestros á la Religión, y á la Filosofía Moral, y aprendiesen sus máximas para practicarlas, lograrán fácilmente, con la direccion de estos diestros pilotos, llegar al mas seguro, y deseado puerto, por ser estos los que trabajan en introducir, y mantener el buen orden en las civiles sociedades, en hacer que brillen nuestros talentos para nuestro provecho, y el de los otros, á fin de que cada uno con tranquilidad, y decencia cumpla en el teatro de este mundo con el destino que Dios le ha dado, y esto baste por ahora.

Para instruirnos en la Santa Religión tenemos los libros divinos de la Sagrada Escritura, y Maestros que nos los expliquen: tenemos las obras de los Santos Padres, y otros devotos Escritores: á estos es bueno,

no, y provechoso el recurrir. El que desee alguna otra tintura de los documentos que puede suministrar la Filosofía Moral, quando no tenga directores mejores, y mas diestros, siga leyendo este discurso.

CAPITULO II.

De los principios de las acciones humanas, y primeramente del cuerpo, que influye en ellas.

§. I.

Para emprender bien este viage, es necesario desde luego el conocer quales son los principios que influyen en las acciones morales del hombre. Estos son dos, esto es, el cuerpo, y el alma. Por lo que mira al cuerpo, acaso parecerá cosa extraña, que yo me atreva á señalarle por principio de las operaciones morales del hombre, quando es constante, y manifiesto, que así las costumbres, como las operaciones, ó virtuosas, ó viciosas de la criatura racional, todas pueden, y deben atribuirse al alma. Pero debe considerarse que el ánimo humano, si no en todo, por lo ménos en gran parte depende de los sentidos, y órganos del cuerpo para sus operaciones. Y ademas el mismo cuerpo, á causa de sus movimientos, sus humores, y espíritus, tiene muchas veces un influxo poderoso en las operaciones del ánimo. Finalmente, en una infinidad de objetos corporeos se encuentra mas poderosa fuerza para mover, é inclinar el entendimiento, y la voluntad del hombre á muchas, y diversas acciones, y pasiones. De aquí se sigue que el cuerpo mismo por sí es instrumento para que el alma conozca otros muchos cuerpos distintos; y por tanto viene á ser en cierta ma-